

El hilo de Beto. Trayectorias de escritura en una cárcel del conurbano bonaerense



SERGIO FRUGONI

Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional de San Martín

Resumen

Los espacios educativos –aulas, talleres, bibliotecas– donde se lee y escribe literatura en la cárcel configuran espacios de enorme potencialidad para habitar el encierro de maneras alternativas a la lógica punitiva y también para resignificar la vida intramuros. En este artículo me interesa desarrollar algunas hipótesis sobre las prácticas de lectura y escritura literaria en la cárcel a partir de la experiencia de formación de mediadores de lectura en unidades penitenciarias del conurbano bonaerense durante los años 2017 y 2018, en el marco de un programa estatal del gobierno de la provincia de Buenos Aires.

Las cárceles son sede de organizaciones y actores diversos que realizan intervenciones socioeducativas intramuros en las que las prácticas literarias suelen tener un lugar relevante, asumiendo un papel significativo en la reconstrucción subjetiva y social de las personas privadas de su libertad. Pareciera que la lectura y escritura literaria, en ciertas condiciones, habilitan nuevas posiciones de sujeto y resignifican los modos de estar juntos en los espacios educativos. Frente a las lógicas propias del tratamiento penitenciario, con las que los proyectos educativos suelen entrar en tensión, las prácticas literarias abren intersticios en un orden cerrado de silencio y sometimiento. Nos interesa comprender los usos y sentidos de la literatura en esos contextos, especialmente las trayectorias y relocalizaciones que se operan sobre los textos producidos en talleres o en la vida cotidiana de la cárcel. En dichos procesos, las personas “hacen que las cosas pasen” y consiguen negociar sus roles e identidades frente a los discursos dominantes, como los que imperan en las instituciones totales.

El lenguaje da acogida a la experiencia de los hombres, nos promete que lo que se ha experimentado no desaparecerá del todo, dice John Berger. Una novela, un cuento, un poema, dice también él, usan los mismos materiales que el informe anual de una corporación multinacional.

El hecho de que estén hechos con casi las mismas palabras y similar sintaxis no significa más que el hecho de que un faro y la celda de una prisión puedan construirse con piedras de la misma cantera, unidas con el mismo cemento.

Andruetto (2019).

Mi primer encuentro con Beto fue en el marco de un taller de formación de mediadores de lectura en contextos de encierro en la Unidad Penitenciaria (UP) n° 8 de la cárcel de Los Hornos.¹ El grupo estaba conformado por ocho mujeres de las cuales Beto tenía claramente el rol de líder. Fue la que me recibió, me explicó cómo funcionaba el espacio destinado a los talleres (que habían denominado “centro universitario”, aunque no se cursara ninguna carrera de nivel superior) y tomaba decisiones respecto de cómo íbamos a usar ese lugar. Me dijo que se llamaba Teresa, pero que prefería llamarse Beto, como todos la conocían.² Desde hacía un tiempo ocupaba el rol de “secretario del centro de estudiantes”. Cada cuestión que conversábamos era anotada con esmero en un cuaderno que oficiaba de libro de actas. Esas notas serían leídas por la presidenta del centro, a la que Beto refería todo el tiempo como la última autoridad y voz definitiva de las cuestiones que nos ocupaban. Vale decir que en los meses que estuve en la UP n° 8 nunca conocí a la presidenta y siempre me comuniqué con Beto.

En ese primer encuentro de presentación sucedió algo inesperado. Habíamos estado conversando sobre los objetivos del proyecto, su formación como mediadoras de lectura y la organización de una biblioteca itinerante dentro de los pabellones, compartimos unas primeras lecturas e intercambiamos opiniones sobre los textos y la relación que tenían con la literatura. Estábamos terminando el taller cuando Beto sacó una hojas entremezcladas de su libro de actas y me las dio. Eran dos hojas de carpeta escolar con un relato. Parecía que era una versión corregida porque estaba escrita con bastante prolijidad y sin tachones. Me dijo que quería mi opinión sobre el cuento. Y también mis correcciones. Nos despedimos hasta la semana siguiente. El relato en cuestión narraba la historia de un caballero (al estilo de los relatos tradicionales de caballería) que vivía en un castillo con “su amada Vanesa” hasta que una “bruja malvada”, celosa de ese amor, se ocupaba de separarlos. El cuento recorre los personajes y tópicos más reconocibles del *fantasy* y el cuento maravilloso: princesas,

1 Se trata del Proyecto “Mediadores del conocimiento en contextos de encierro”, dependiente del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación en trabajo conjunto con el Ministerio de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. El proyecto consiste en espacios de formación en mediación a la lectura para personas privadas de su libertad que culmina con la llegada de una biblioteca itinerante con más de 100 libros que quedan a cargo de los participantes. Durante el período 2017-2018, el proyecto se implementó en diferentes unidades penitenciarias de las cárceles de Gorina, San Martín, Florencio Varela, Magdalena, Los Hornos, Batán, Lomas de Zamora y Campana.

2 Beto se autodesignaba alternativamente con el género masculino y femenino. Hemos decidido respetar aquí esa ambivalencia.

dragones, castillos, calabozos oscuros, brujas malvadas y una serie de obstáculos a los que debe enfrentarse el caballero Beto para volver a los brazos de su amada Vanesa. Leo un fragmento del cuento:

Beto caballero valiente y decidido quiso volver a su amor, tuvo que sortear muchas pruebas como pelear con un dragón al cual logró matar, después con un ogro, a quién venció tirándole con una piedra, después fue mandado a un calabozo frío y solo.

A la semana siguiente, cuando conversamos con Beto sobre el relato, me contó la situación en la que había sido escrito. En un episodio un poco confuso, al salir del pabellón donde vive había empujado a una agente del servicio penitenciario, lo que le valió unos días de “engome”, la reclusión en la celda de castigo, sola y aislada. En esa situación, extrañando a Vanesa –que en ese momento había dejado de ser para mí un personaje de ficción– tuvo la idea de escribir su propia historia de amor en forma de un cuento. Mi pregunta fue si ella era lectora de relatos maravillosos o de cuentos de hadas, a lo que me respondió que no, que su inspiración vino de una ceremonia en la que había participado tiempo atrás. Como parte de un ritual de casamiento, dos compañeras de su pabellón habían narrado su relación amorosa como un cuento. Beto había tomado ese modelo para testimoniar su amor por Vanesa. En la conversación me dejó en claro que su intención había sido producir una especie de alegoría en la que diferentes hechos de su vida y de su relación con Vanesa se figuraban de manera simbólica en los personajes y peripecias del relato. En encuentros siguientes trabajamos con la reescritura del cuento hasta que Beto estuvo satisfecha con el resultado. Mantuvimos la trama, pero ampliamos algunas zonas del cuento intentando producir nuevos efectos de sentido.

El final de la última versión dice:

Beto era creyente y clamaba que Dios lo libere del calabozo oscuro al que estaba confinado. Temía que lo mandaran a otro reino lejano donde nunca más vería a su amada Vanesa por la que luchaba para volver a sus brazos, besos y caricias, estar juntos de nuevo. Pero la maldad y oscuridad seguían actuando. Mientras lloraba aparece una luz tenue, siente un tibio calor que lo rodeaba. Aparece un hermoso ángel que llega y lo libera cubriéndolo con sus alas.

Cuando acordamos que era la versión definitiva, Beto hizo una copia especialmente para mí, que me entregó en el último encuentro con una dedicatoria. En suma, aquel primer texto surgido en el engome había sido reescrito y ampliado, también había asumido nuevas funciones inscribiéndose en un nuevo marco de relaciones sociales.

Este relato con el que inicio el artículo nos interroga sobre las condiciones en las que se lee y se escribe literatura en la cárcel, sobre las maneras en que circulan prácticas significantes, estrategias retóricas y tópicos de la literatura –no necesariamente por medio de los libros– y los sentidos y funciones que los textos van asumiendo en las trayectorias de vida de las personas. En especial, los usos de la literatura para representar una experiencia como la del encierro punitivo, atravesada por la violencia institucional, la interrupción brutal de las trayectorias vitales y –como señala Esteban Rodríguez Alzueta– los múltiples despojos a los que son sometidas las personas privadas de su libertad:

“una suerte de confiscación perdurable practicada de manera sistemática y directa por los trabajadores del servicio penitenciario, y de manera indirecta por los empleados y funcionarios del poder judicial. Pero también por los propios pares, obligados a convivir entre todos (2018: p. 264).

Una privación que va mas allá de la libertad ambulatoria, también lo es de la intimidad y de la propia identidad, de los pocos objetos materiales que puede atesorar un preso y que son destruidos en cada requisita o se abandonan en los traslados. La frágil condición material de los textos escritos en la cárcel configura, de alguna manera, condiciones particulares para la literatura que se produce –y que producen– esas vidas confinadas. La cantidad de poemas escritos en la cárcel podrían pensarse como un efecto de esas condiciones tan precarias para la existencia material de los textos. Un poema es más fácil de llevar de un lado a otro, de reescribir de memoria o de guardar en un pequeño pedazo de papel.

En el caso del relato de Beto, me interesa el movimiento de ese texto por distintos espacios dentro de la cárcel: la celda de castigo, el pabellón, el taller que compartíamos en el centro universitario, e incluso tras los muros, como esta misma instancia en la que traigo sus palabras. Un movimiento que fue reconfigurado los sentidos que tenía para su autora y para los mismos participantes del taller un texto producido en condiciones de extrema vulnerabilidad.

En los últimos años, los enfoques vinculados a la lectura y escritura como prácticas sociales, reunidos en torno a lo que se llama “nuevos estudios de literacidad” (Kalman y Street, 2000), nos han ofrecido herramientas y modos de abordaje para la complejidad que asume la tarea educativa y de mediación cultural en el encierro. En ese marco, distintos actores e instituciones realizan intervenciones socioeducativas intramuros que tienen como objeto de enseñanza y mediación a la literatura. Propuestas que asumen la tensión entre el “tratamiento penitenciario” propio del sistema y los objetivos pedagógicos que las animan como parte constitutiva de la tarea. La enseñanza y mediación de la literatura supone comprender los límites y las posibilidades propios de esos contextos, lo que significa analizar la lectura y la escritura dentro de procesos sociales e históricos más amplios que la escena concreta de enseñanza e incluso del marco institucional que contiene los proyectos y espacios educativos.

Lo anterior supone estar advertidos sobre el problema que conlleva formular declaraciones universales sobre la lectura y escritura, afirmaciones categóricas sobre sus efectos y funciones y la necesidad de comprender las tramas sociales y culturales que dan forma y sentido a esas prácticas. La noción de práctica situada ha sido clave para observar los múltiples usos de la lectura y escritura en nuestras sociedades (Zavala y Vich, 2004). La literacidad no reside ni en la mente de las personas ni en los textos, es social de principio a fin y se localiza en redes de interacción. Otros autores, como Barton y Hamilton (1998), señalan la importancia de pasar de una literacidad centrada en los individuos a un estudio de la manera en que las personas la usan a nivel de los grupos, como recurso comunitario que se hace efectivo en las relaciones sociales.

Volviendo al caso de Beto, acudo a los conceptos de la investigadora sudafricana Catherine Kell, quien se inscribe en los nuevos estudios de literacidad, para ampliar el análisis. De su propuesta me interesa el estudio de las trayectorias de los textos y los procesos sucesivos de recontextualización que los usuarios de la lengua oral y escrita van realizando en función de propósitos diversos.

Kell (2013) se vale de la metáfora del *hilo de Ariadna* para referirse a esas trayectorias en el espacio y en tiempo, a distinta escala (organizacional, política, etc.), que le interesa reconstruir. Rastrear ese sutil hilo de Ariadna significa advertir el movimiento de los textos (y de prácticas), por distintas escalas espaciales y temporales. Una clave fundamental que señala la autora es que en esos movimientos de relocalización y traducción “la gente hace que las cosas pasen”: es decir, asumen su capacidad de agencia y promueven transformaciones significativas para ellas y su comunidad.

Estos conceptos nos permiten interrogar con mayor detalle la circulación de los textos en la cárcel: por ejemplo, cómo, de qué forma y para qué las personas privadas de su libertad usan textos literarios en diferentes “escalas” y situaciones, con fines muy diversos, incluso contradictorios. Sería posible seguir la trayectoria de textos (de prácticas significantes, en realidad, porque Kell mira los textos en relación a otros recursos semióticos, orales, visuales, etc.) para advertir cómo se vuelven herramientas de transformación subjetiva y social. Textos y prácticas que van ingresando en diferentes redes y conformando, al mismo tiempo, esas mismas redes. Asimismo, nos permite construir una noción de contexto (de encierro) menos estática, no como si fuera un escenario con característica fijas y estables en el que suceden las prácticas, sino como lo entendemos en este artículo: una serie de mediaciones inherentes a las prácticas mismas y que ellas contribuyen a crear. El contexto es dinámico y relacional, construido por los mismos participantes (Achilli, 2009).

Escribe Kell:

Me he centrado en las formas en que las personas “hacen que las cosas pasen” (Kell, 2008; 2009) proyectado sus significaciones a través del espacio y el tiempo. Moviendo literalmente sus palabras, recontextualizan los significados al llevarlos o enviarlos a nuevos contextos. Sus esfuerzos por hacer que las cosas pasen son el hilo conductor, ocasionalmente “fijado” o “realizado” en textos, que a su vez llevarán ese hilo a través y dentro de nuevos marcos de participación (2013: p. 9) [Traducción propia].³

Este último punto me parece crucial. La circulación y resignificación de los textos en distintas situaciones sociales, especialmente aquellas que portan un alto valor simbólico como son las que suceden en espacios educativos, en un aula o en un taller de escritura, son la puerta de entrada a nuevos marcos de participación social. Por medio de esas operaciones de relocalización, las personas van asumiendo nuevos roles y procurando objetivos diferentes que se orientan a transformar situaciones personales que *a priori* parecerían limitar notablemente su capacidad de acción.

Este enfoque sobre las literacidades, entonces, pone el acento en la creatividad de los usos de la letra escrita en contextos particulares, aún con las severas restricciones que implica la vida en la cárcel. Los textos que se escriben, se leen, se comentan, se interpretan, se negocian; en suma, se recontextualizan –en el sentido en que lo dice Kell– llevan consigo la posibilidad de reinventar la vida

3 En el original:

I have taken up a focus on the ways in which people “make things happen” (Kell, 2008; 2009) through projecting meaning making across space and time. Literally moving their words, they recontextualise meanings by carrying or sending them into new contexts. Their efforts to make things happen are the thread, which at times becomes ‘fixed’ or ‘realised’ in texts, which then carry the thread across and into new participation frameworks.

incluso en condiciones indignas como las que vive una persona privada de su libertad. El mensaje que una y otra vez reproduce el sistema de castigo es el del despojo y la vida deshumanizada. Los espacios educativos en la cárcel tienen la potencialidad de alojar palabras y significaciones que vienen de otro espacio y de otro tiempo, y darles una nueva vuelta de tuerca. Las características propias de la literatura, su densidad semántica y capacidad metafórica, son una invitación a que la palabra se aventure en otros ojos, en otros oídos, en otras bocas. Lo que supone no solo una herramienta de subjetivación a espaldas o contra los discursos penitenciarios que fijan la identidad del preso, sino también un recurso comunitario que construye lazo social. El movimiento de los textos, el tráfico de palabras, también supone desplazamientos de roles e identidades.

Para concluir, dos breves escenas:

Durante un taller en la Unidad Penitenciaria n° 28 de Magdalena, los participantes toman en préstamo un libro a elección y la semana siguiente conversan sobre ellos. Esas charlas dan lugar a nuevas reflexiones sobre las distintas formas de la recomendación, qué títulos elegir, para qué o para quiénes, tema sobre el que trabajamos en este encuentro. Carlos se llevó en préstamo el *Libro del Haiku* luego de explorar un rato la mesa. A la semana siguiente conversamos sobre su elección y contó que “no se había enganchado mucho” y que “le faltaban más lecturas para entenderlo”. Mi comentario fue que no había mucho para entender más que ese resplandor que provocan los tres versos del haiku. Se quedó pensando y me dijo: “sí, por ahí lo que me pasó es que no me sirvió”. Y cuenta que en realidad estaba buscando un libro de poemas para su novia. Cada vez que hablan por teléfono ella le regala la lectura de un poema y él quiere hacer lo mismo. Obviamente, un haiku no le servía para ese propósito.

Otro de las propuestas de dicho taller consistía en seleccionar un libro para una persona concreta, con nombre y apellido. Una recomendación puntual acompañada de una reflexión sobre las razones de la elección. Esta consigna habilita nombres de familiares, visitas, novias y novios, compañeros del pabellón. La conversación posterior hace visible una red de lectores posibles en los que cada uno está inmerso. Una comunidad potencial que trasciende incluso las rejas. Luis, un joven que estaba empezando la primaria, me pidió durante dos semanas el mismo libro: *Nadie te creería*, del escritor argentino Luis María Pescetti, que incluye el relato “Incógnitas”, un cuento que narra la historia de una familia migrante mexicana que tiene que cruzar la frontera con los Estados Unidos. La particularidad es que está escrito íntegramente con preguntas.⁴ Luis me contó que estaba practicando la lectura en voz alta del cuento porque quería compartirlo con su madre el día de la visita. Lo que le interesaba era saber qué respuestas le daría ella a las preguntas del cuento.

La tarea de comprender los usos y sentidos de la literatura en la cárcel puede adquirir más complejidad si advertimos las trayectorias y relocalizaciones que se operan sobre los textos. Las prácticas y los textos van mudando de sentidos en el marco de procesos que permiten a las personas negociar

4 A modo de ejemplo, transcribimos el inicio del cuento:

¿Quieren que les cuente una historia? ¿Prefieren una que conocen o una que elija yo? ¿Saben la de esa familia que era muy pobre y vivía en el campo? ¿Creen que el padre iba a quedarse toda la vida esperando a ver si la situación mejoraba? (...) (Pescetti, 2017: p. 57).

sus roles e identidades frente a los discursos dominantes, como los que imperan en las instituciones totales. Lejos de cualquier tentación por universalizar concepciones y usos “correctos” o “deseables” de la literatura, estas escenas nos demandan miradas más sutiles sobre las formas en que las personas privadas de su libertad “hacen que las cosas pasen” por medio de la cultura escrita aún en situaciones de enorme violencia institucional y simbólica.

Referencias bibliográficas

- Achilli, E. (2009). *Escuela, familia y desigualdad social. Una antropología en tiempos neoliberales*. Rosario: Laborde.
- Andruetto, M. T. (2019). *Conferencia de clausura del Congreso Internacional de la Lengua Española (CILE)*. Córdoba, Argentina.
- Barton, D. y Hamilton, M. (1998). *Local Literacies. Reading and Writing in One Community*. London: Routledge.
- Broide, M. y Herrera, P. (2013). *Bibliotecas abiertas en contextos de encierro*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.
- Frugoni, S. (2017). *Imaginación y escritura. La enseñanza de la escritura en la escuela*. Buenos Aires: El Hacedor.
- Kalman, J. y Street, B. (Org.) (2000). *Lectura, Escritura y Matemáticas como prácticas sociales: Diálogos desde los Estudios Latinoamericanos sobre Cultura Escrita*. Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe (CREFAL). México: Siglo XXI.
- Kell, C. (2013). Ariadne's thread: Literacy, scale, and meaning-making across space and time. *Working Papers in Urban Languages and Literacies*, 118, 1-24.
- Pescetti, L. M. (2017). *Nadie te creería*. Buenos Aires: Santillana.
- Rodríguez Alzueta, E. (2018). Despojos y adornos: golpes de realidad y escritura carcelaria. *Revista Cuestiones criminales*, 2, 263-280.
- Zavala, V. y Vich, V. (2004). *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Buenos Aires: Norma.